

Nombre: _____ Grado: ____ : Grupo: ____ Fecha: **16 de diciembre 2020**

Aprendizaje esperado: Identifica el origen social y regional de los diferentes grupos que participaron en la Revolución Mexicana. **UCA. La Revolución Mexicana**
(SESION 2) Porfiriato y Revolución Págs. **35-39**

• **INICIO**

Este texto se encuentra en las páginas **35 -39** de tu libro

SESIÓN 2



1. Elaborar en el cuaderno y compañía de un integrante de la familia el perfil de cada uno de los personajes de su representación; tener en cuenta los siguientes elementos como una guía para definirlos. Para elaborar los perfiles pueden inventar distintos aspectos de la vida de cada personaje, siempre y cuando lo hagan apegados a los hechos históricos.

Nombre	Edad durante la Revolución
Fecha de nacimiento	Edad durante la Revolución
Localidad de nacimiento y localidad en la que creció	Características de la localidad en la que vivió
Nombre de sus padres, lugar donde nacieron y su oficio	Estrato social al que perteneció
Características físicas: estatura, complexión, tez, manera de hablar, lunares, cicatrices, etcétera	Vestimenta de la época
Manera de vestir	Papel que desempeñó en la Revolución
Oficio al que se dedicaba	Experiencias que vivió en la Revolución
Forma de vida	Causas por las que luchó
Causas que lo motivaron a unirse a la Revolución	Otros aspectos

SEP (2020), *Historia. Telesecundaria. Tercer grado*

▪ **Desarrollo**



2. Analizar la entrevista de historia oral realizada a la señora Alberta Galindo, así como. Lean los textos "La vida campesina durante la Revolución: el caso zapatista" y "Aprovechar la Revolución" en la e identificar cuál fue el papel de la mujer durante la Revolución Mexicana. Si tienes la oportunidad consultar mas entrevistas relacionadas con el tema.

Entrevista con la señora Alberta Galindo Alicia Olivera
 (AO): Doña Alberta, ¿usted recuerda en qué año nació? Alberta Galindo
 (AG): No, fijese usted que yo tenía mi fe de bautismo, pero, como en esta Revolución todo se quedó en casa, todo se perdió [...].
 AO: ¿Cuántos años tiene usted? AG: Setenta.
 AO: ¿Usted recuerda el nombre de su padre y de su madre?
 AG: De mi mamá, Julia Montilla. [Mi papá] era Albino Galindo.
 AO: ¿En qué trabajaba su papá?
 AG: Él era encargado de una obra de tabique, precisamente aquí adelante están todavía los hornos [...]. AO: ¿Cuántos hermanos fueron ustedes?
 AG: Nosotros, veinticuatro [...]. Me contaba mi mamá que tenía cuatitos y se le morían, y así [...].
 AO: ¿Ustedes tuvieron oportunidad de ir a la escuela?
 AG: No, yo no, porque mi mamá me puso a trabajar muy chiquita, porque decía que a ella no le alcanzaba para el gasto, y a mí me puso a trabajar de doce años. Ganaba yo 1.50 [...].
 AO: ¿Había escuela en Tenango?
 AG: Aquí había una señorita que se le pagaba 25 centavos al día y nos enseñaba. [...] Yo, mi mamá me dijo: “Mira, hija, no me alcanza para darle de comer, busquen allí a que vayas a lavar los trastes, a que vayas a barrer, a que vayas a los mandados”. “Sí, mamá”. [Ganaba] 1.50 al mes. No, mis hermanos sí saben leer, cómo no.
 AO: ¿Usted nunca aprendió a leer, ni mayor, ya siendo mayor?
 AG: No, ya mi mamá me puso a trabajar, a ganar ya mi pan, pues ya no.
 AO: Dígame usted... ¿Desde qué momento usted oyó hablar de la Revolución?
 AG: ¡Uy!, estaba yo jovencita, tenía yo cuando menos quince años [...]. Pues que venía la Revolución, se llevaban a las muchachas y que mataban y que robaban y que todo. Mi mamá me tuvo que esconder en el curato, porque aquí entró una gente que se llevaba a las muchachas [...]. Aquí todo Tenango sabe que yo no me enamoré de ninguno [revolucionario], sino que él fue quien me sacó.
 AO: ¿Cómo conoció a su esposo?
 AG: Lo conocí saliendo al mandado. Porque mi mamá buscaba la vida en hacer tamales, en vender tortillas, y tenía que ayudarle [...].
 AO: ¿Él cómo se llamó?
 AG: Vicente Munguía
 AO: ¿Y él era zapatista?
 AG: ¡Qué va! Aquí era el cuartel, precisamente estaba la tropa aquí. [...] Mi madre padecía de ataques y no por eso la respetaron, quedó tirada por ahí. Claro que yo iba, pues gritando, yo no fui voluntariamente, yo no fui que haiga yo venido a un baile, que haiga yo venido a un comelítón, no, yo venía a dejar a mi mamá que venía de vender tamalitos, tortillas, a buscar su vida. Fue cuando me conoció él, en la noche me fue a sacar.

AO: ¿Se la robó?, ¿y usted se fue con él ya?
 AG: ¿Qué hacía yo?, ¿qué hacía yo? Y qué bueno que como ahora, que se llevan a una muchacha y la dejan en su casa; no, a mí me dejaban centinelas, a mí me dejaban siete u ocho centinelas a que no saliera yo a ninguna parte.
 AO: ¿Cómo era el señor [...] Vicente Munguía?, ¿era coronel o qué grado tenía?
 AG: Él era coronel, no era de acá.
 AO: ¿Quién era su jefe directo de él?
 AG: Don Everardo González, de Juchitepec [...].
 AO: ¿Usted se fue siguiéndolo siempre en la lucha? AG: Pues sí, porque no había otro remedio.
 AO: ¿Y cómo era la vida en los campamentos?
 AG: Pos los campamentos, verdad, pos llegaban, le tenía que llevar de comer [a la tropa] porque les faltaba. AO: ¿De dónde tomaban la comida?, ¿quién la repartía? AG: Pos el general Everardo mandaba por tercios de maíz, por tercios de frijol, mandaba por tercios de trigo. AO: ¿Para toda la tropa o nada más para los jefes?
 AG: Nada más para los jefes y la tropa que comía, pa la gente que comía.
 AO: ¿Y amas quién les daba?
 AG: Eso sí no sé decirle a usted, yo veía que todos estaban armados, pero sabe Dios, eso sí no sé.
 AO: Ni sabía quiénes les daban los caballos ni nada. AG: No, los caballos, claro que entraban en... una hacienda y claro que se llevaban los caballos, porque a eso entraban los muchachos, había hartos animales por donde quiera. Por miedo de que no los mataran, por miedo de amenazarlos, pues les daban los caballos.
 AO: Usted, ¿qué quehaceres tenía?
 AG: Pues nada más mandar a que hicieran [comida] las muchachas, las esposas de los que andaban siguiéndolos, yo les decía: “Ándele, pongan nixcomitl, hagan tortillas, denle a sus señores”.
 AO: ¿Usted tenía que mandarlas?
 AG: Pos sí, tenía yo que mandarlas.
 AO: ¿Usted no se ponía a hacer tortillas?
 AG: ¿Cómo no? [...] si ahora que ya estoy viejita todavía hago tortillas. [...] Veía yo que no les alcanzaba, pues, ándele, a hacer tortillas y darles de comer, pobre gente. Haigan robado, haigan matado, haigan ido por buena gente... tenían que comer. Una vez estando aquí, tenían que comer. ¿Cómo no iban a tener gente si no les daba uno de comer? [...]
 AO: ¿Y las mujeres, aparte de hacer la comida, qué otras obligaciones tenían dentro del campamento?
 AG: No, nada, allí se estaban las señoras con sus criaturitas, porque mucha gente tenía criaturitas, tres, cuatro; tenían que verlas [...].
Fuente: Entrevista con la señora Alberta Galindo Mantilla, realizada por Alicia Olivera de Bonfil, el 13 de octubre de 1974, en Tenango del Aire, municipio de Chalco, Estado de México. PHO-Z/1/69

La vida campesina durante la Revolución: el caso zapatista

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Existen testimonios de muchas mujeres que se incorporaron directamente a las milicias revolucionarias, en las que destacaron y alcanzaron rangos en la oficialidad media. Algunas formaron batallones femeniles comandadas por ellas mismas, como fue el caso de una mujer tortillera apodada "La China" que organizó a las mujeres de Puente de Ixtla; o de las coronelas Rosa Bobadilla, Juanita Neri y Amelia Robles, quienes ganaron fama por su valentía. La Revolución hizo que también otras mujeres, menos conocidas, encontraran su lugar como cobradoras de las cuotas que se imponían a haciendas y pueblos o como espías que informaban regularmente a los zapatistas de los movimientos federales, y que se hicieran respetar y se defendieran ellas mismas, al estar armadas y no permitir que los hombres se propasaran con ellas [...]. La revolución zapatista también atrajo a mujeres de clases medias e intelectuales de la Ciudad de México que se dedicaron a labores de propaganda, difusión del movimiento y enlace logístico con el Ejército Libertador. Vicente Rojas, por ejemplo, informó que dos mujeres del coronel Octaviano Muñoz iban a cobrar cada sábado la contribución y que a la más mínima objeción con groserías y abofeteaban a los quejosos; De la O informó que dos mujeres armadas habían golpeado a otra en el mercado de Cuernavaca; Agustina Andrade con su carabina echó de su casa a su cuñado ebrio que quería abusar de ella; María Ocampo, cantinera de Tetecala y amiga de De la O, le informaba detalladamente de lo que hacían y platicaban los federales que iban a su local. Pero con todo y lo importante de estos ejemplos, fueron actuaciones excepcionales: la mayoría de las mujeres continuó desempeñando sus roles tradicionales, aunque en condiciones más difíciles. La Revolución no alteró el machismo ancestral. La mayoría de los hombres asumía que la mujer debía permanecer en la casa y cuidar a los hijos [...] Muchas mujeres fueron obligadas a entrar a las partidas guerrilleras para que hicieran la comida ("fonderas" se les llamaba), sobre todo aquellas que eran capturadas al enemigo o las viudas que recogían después de los enfrentamientos o en los pueblos contrarios a los zapatistas. Hubo casos en que, al derrotar a convoyes de federales, las mujeres fueron apresadas y enroladas en esas tareas.

Fuente: Felipe Arturo Ávila Espinosa (2006). "La vida campesina durante la revolución: el caso zapatista", en Historia de la vida cotidiana en México. V. Vol 1. Siglo XX. Campo y ciudad.

Aprovechar la Revolución

Ricardo Flores Cuevas

Los años revolucionarios fueron tiempos difíciles. En la actualidad lo que más se recuerda [en Mixquic] es que los ejércitos llegaban y se llevaban a las mujeres; no importando si eran zapatistas o carrancistas, la gente se escondía de ellos.

El riesgo de que las mujeres fueran raptadas era siempre latente. Se les echaba tizne en la cara y las despeinaban para que las vieran feas y no llamaran la atención. Algunas familias acostaban a sus hijas con alguno de sus hermanos, con el objeto de que aparentaran ser un matrimonio, pues los raptadores preferían a las solteras o vírgenes.

Creatividad para defender a las hijas no faltó; hubo madres que llenaban de hierbas a sus hijas, las acostaban en un petate y, por el olor de los hierbajos, gritaban cuando llegaba un revolucionario: "¡No entren aquí, está la peste!"; y funcionó. No fueron pocos los casos de mujeres que fueron raptadas. En la familia del señor Anastasio Balderas Roque nadie supo cuál fue el destino de una de sus hermanas mayores. La Revolución se la llevó; el tiempo pasó y no tuvieron noticia de ella, ni de cuáles fueron las condiciones de su vida o muerte. Se dice que algunas fueron a dar hasta Morelos; también se decía que a la gente se la llevaban a Xico.

"¡Ahí vienen los carrancistas!", y los jefes de familia ocultaban a su esposa e hijos en un hoyo que previamente habían realizado para esa situación. Posteriormente colocaban tablas, tierra y piedras encima para que nadie pudiera encontrarlos. Difícilmente los jefes de familia compartían con otra persona el secreto sobre la ubicación del hoyo donde se encontraba su familia, ya que si lo hacía, y en caso de que el otro cayera prisionero, podía entregar a la otra familia en lugar de la suya.

La vida en el interior de esas "trincheras" no es difícil de imaginar. El ambiente era húmedo, puesto que se realizaban en las chinampas; un espacio angosto donde apenas cabían los integrantes de la familia, poca ventilación y oscuridad. Sentados uno frente a otro, donde a falta de visibilidad, el oído se agudiza tratando de adivinar lo que sucede en el exterior. Los niños abrazando a la madre; los más pequeños sumergen su rostro en sus enaguas, los más grandes miran hacia arriba con ojos inquietos; ella sin duda alguna reza el Padre Nuestro y el Ave María; apenas entre ellos ven sus rostros gracias a un ápice de luz que entra de arriba hacia abajo. Los murmullos forman un silencio, llenan un vacío [...].

Los hombres, después de ocultar a su familia, salían con arma en mano para defenderse. Si él moría, no había quién pudiera sacar a sus familiares, muchos fueron los casos en que las personas refugiadas en esas trincheras murieron, ya sea por asfixia o de hambre, pues no hubo quien las sacara.

Fuente: Ricardo Flores Cuevas (2016). *Mixquic: su historia entre coyunturas (1895-2014)*.

